

las malas compañías

Kamdela Sur



Image not found.

Capítulo 1

Malas compañías

La arrinconó en el despacho, contra el armario del material y trató de encontrar sus labios mientras ella giraba la cara en un intento de esquivar su boca, hasta que él la soltó.

Algún día- dijo Lito dejándola escapar.

Ella cogió el paquete de tizas y salió del despacho sin contestar. Llevaban dos meses así. Lito se había declarado admirador incondicional suyo desde su llegada al Centro.

Ella trabajaba como voluntaria con los niños desde hacía un año y a él le habían enviado de alguna institución para cumplir servicios sociales y así completar su castigo por haber robado un coche y haber pasado algún que otro gramo de heroína. Como era menor no le había supuesto más que unos meses en un correccional y, ahora, acudir al Centro social de niños unas cuantas horas al día.

Tampoco le suponía ningún problema el hecho de que Amanda fuera diez años mayor que él. Ella, a su vez, dejaba que el muchacho jugara a desearla sin ofenderse, a pesar de que, muchas veces, Lito se pasara de la raya.

Amanda rondaba la treintena y era una chica esbelta de bonita sonrisa carnosa y ojos algo extraviados que le daban cierto aire lascivo.

Pero Amanda no estaba segura, se daba cuenta de que ya no era una niña y liarse con un chico de dieciocho años con una carrera criminal semejante a los casos que veía a diario como trabajadora social no la convencía demasiado.

Sin embargo, debía reconocer que el juego no la disgustaba. Cada tarde al aparecer en el Centro, Lito la recibía con una de sus sonrisas torcidas y ya no dejaba de perseguirla. La halagaba con su hostigamiento infantil y salvaje.

Salían al mismo tiempo y él la acompañaba hasta el portal de su piso y esperaba a que ella le diera con la puerta en las narices antes de girarse, sin darse nunca por vencido, para desaparecer calle abajo.

Luego, en casa, Amanda ponía música, se tumbaba en el sofá, pensaba en él y apagaba el calentón que Lito la provocaba al hacerla sentir tan

deseada.

El día que por fin le dejó la puerta abierta, Lito se quedó un momento parado y desorientado y luego se coló rápido en el portal con una sonrisa triunfante. Era tan joven y seguro...

Sé que me arrepentiré- comentó Amanda mientras abría la puerta del piso.

Que no, rubia- le dijo Lito, porque Amanda tenía el pelo como el azabache y desde el primer día a él le había gustado. Se lo acariciaba a menudo en el Centro, mientras ella corregía textos sentada en una silla, con él a su espalda, notando su mirada resbalando por su nuca hasta perderse en el bajo de su espalda- Verás que me he "reformao".

Y antes de que Amanda llegara al equipo de música sintió la urgencia de Lito embistiéndola desde detrás.

Las lenguas se entrelazaron y el aliento a tabaco de Lito le resultó excitante y atrevido.

Las manos de Amanda se enredaron en el pelo castaño y enmarañado de Lito y él agachó la cabeza al tiempo que le levantaba la camiseta y el sujetador y se hundía en su pecho.

Amanda se deshizo de la camiseta y dejó que sus pechos, hinchados de placer y con los pezones duros y apretados rozaran los labios de Lito acercándoles y alejándoles en un juego premeditado que volvía loco al chaval.

Luego volvió a sujetarle la cabeza apartándole de sus pechos y le levantó la camiseta que él terminó de sacarse por la cabeza.

Tenía la piel ligeramente bronceada, con algún que otro lunar suelto interrumpiendo la tersura de sus dieciocho años y un vello suave, incipiente, que aumentaba en su ombligo y se perdía en la cintura de sus pantalones vaqueros.

Amanda le tomó de la mano y le guió hasta la habitación. Él la empujó con cierta brusquedad sobre la cama y le tiró de los pantalones hasta sacárselos.

Lito hervía, su piel quemaba. Amanda, ya en braguitas, se tumbó sobre la cama ofreciendo su cuerpo y Lito se apresuró a quitar los pantalones y se tumbó sobre ella moviendo sobre su vientre su miembro duro y erecto. Comenzó a lamerle el cuello y deslizó la mano dentro de la braga de Amanda introduciéndole con facilidad dos de sus dedos en el sexo húmedo

de la chica.

Durante un segundo, Amanda pensó de nuevo que se iba a arrepentir de todo aquello, pero entonces, Lito se levantó de encima y se acostó a su lado al tiempo que la sujetaba por el cuello y la empujaba hacia su sexo. Amanda lo recibió en su boca y notó cómo Lito se tensaba de placer, lo que la hizo humedecer aún más. Su cabeza subía y bajaba entre los gemidos jadeantes de Lito hasta que él la apartó con rapidez para no correrse.

Amanda aprovechó a ponerse a horcajadas sobre él volviendo a ofrecerle sus pechos y dejó que el miembro de Lito buscara el camino ayudado por su mano. Luego, la chica se levantó despacio sobre él y volvió a bajar notando cómo se llenaba su sexo, cómo rozaba las paredes de su vagina... Lito la sujetaba por las caderas acompañándola en el movimiento suave y silencioso, sus rostros encontrados sin apartar la mirada, disfrutando del placer que se proporcionaban el uno al otro.

Lito la volcó en la cama y la penetró ahora con fuerza, sabiendo que ya nada detendría la explosión que estaba experimentando.

El escalofrío recorrió la espalda de Amanda hasta llegarla a las mejillas, abriendo la boca en un grito mudo mientras el semen inundaba su vagina.

Roto de placer Lito se tumbó sobre ella aún con su miembro dentro, aún duro, aún palpitante, mientras recuperaba el ritmo cardíaco.

Se quedaron así un rato, mientras la vagina de Amanda se contraía como si tratara de retener a Lito para siempre.

Luego, Lito la hizo tumbar de espaldas y la acarició desde la nuca hasta las nalgas, muy despacio... Se tumbó sobre ella y la chupó el lóbulo de la oreja izquierda.

Voy a por tabaco, cuando vuelva te voy a follar por detrás- amenazó levantándose con la energía de la juventud y colocándose los vaqueros.

Amanda sonrió distraída, aún centrada en los latidos de su vagina.

Sólo al irse Lito, volvió a pensar en la frase. "Voy a por tabaco", vamos "no va a volver" pensó, y le entró la risa por lo típico de la expresión.

Dos horas más tarde, la risa había desaparecido.

No volvió.

Camino del bar donde pensaba pillar el tabaco, encontró a un viejo conocido que llevaba días siguiéndole y al que debía algún dinero.

Comenzaron la pelea a la puerta del local y el dueño llamó a la policía, que se los llevó a los dos a comisaría tras comprobar que ambos tenían antecedentes.

La brillante idea fue encerrarlos a los dos en la misma celda. Lito, agotado, se quedó dormido en el colchón apestoso de humedad.

Cuando los policías de guardia quisieron llegar a la celda, alertados por los gritos, el viejo conocido había arrancado la tubería de la taza del váter y le había reventado a Lito la cabeza a golpes.

Amanda dejó su trabajo como voluntaria en el Centro Social para niños el mismo día que enviaron a otro muchacho para sustituir a Lito en su puesto.

Cuando trataron de retenerla, de explicarle la importancia de su trabajo, de convencerla para que se quedara, Amanda sólo supo alegar que no quería tener que volver a arrepentirse.

Nadie, nunca, le preguntó el porqué.